La narrativa dominicana

Franklin Gutiérrez

Los primeros años

Uno de los primeros dominicanos notables llegados a los Estados Unidos, concretamente a la ciudad de Nueva York, fue Fabio Fiallo, cuya designación como cónsul dominicano en esta ciudad ocurrió en 1905, en el Gobierno presidido por Carlos Morales Languasco. Tres años después de su llegada apareció su libro *Cuentos frágiles* (1908), obra pionera del discurso romántico que acompañaría todo el resto de su producción poética y narrativa. Aunque algunas de las narraciones de *Cuentos frágiles*, como 'Ernesto de Anquises' y 'La domadora', habían aparecido en la República Dominicana en las revistas *Letras y Ciencias* (1899) y *La Cuna de América* (1903), la mayoría de las historias, y el libro en su conjunto, fueron escritas y divulgadas por primera vez en Nueva York.

Pero el escritor dominicano más prolífico en el Nueva York de principios de siglo (1915-1920) fue Manuel Florentino Cestero, con tres obras publicadas: *El canto del cisne* (1915), *Estados Unidos por dentro* (1918) y *El amor en New York* (1920). *El canto del cisne* es un conjunto de ocho cuentos de aliento modernista, como lo sugiere el título, que relatan diferentes aspectos de la vida neoyorquina. El caso de *Estados Unidos por dentro*, publicada en México en 1918 por el sello editorial Andrés Botas e Hijos, es curioso e inverosímil. Esta obra de Cestero nunca ha sido cotejada en las bibliografías literarias dominicanas ni mencionada por los historiadores literarios nacionales. El tema general de *Estados Unidos por dentro* es la deshumanización de la sociedad norteamericana. El volumen en cuestión está compuesto por una introducción dividida en cinco partes y 42 historias orientadas a demostrar que los norteamericanos solo funcionan empujados por el dinero, la ambición y el egoísmo. Más que cuentos en sí, esas narraciones de Cestero son crónicas y retratos de la realidad cruda y del comportamiento de la sociedad norteamericana que él conoció. Aunque no penetra profundamente en la psicología de sus protagonistas, Cestero analiza desde diversas perspectivas políticas la idiosincrasia de los estadounidenses y las causas que, a su entender, han hecho de los Estados Unidos un país inapropiado para alcanzar el sueño americano que ellos mismos pregonan. *El amor en New York*, por su parte, es una novela cuya temática revela la imposibilidad de conquistar plenamente el amor en un medio tan materialista como el neoyorquino.

Otra figura apreciable de la literatura dominicana en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX fue Andrés Francisco Requena, que en 1938 publica la novela *Los enemigos de la tierra*, en la que narra el desplazamiento del campesino dominicano hacia la capital, Santo Domingo.

En 1949 apareció el volumen *Los cuentos que Nueva York no sabe* de la autoría de Ángel Rafael Lamarche, compuesto por catorce historias que recogen las impresiones de su viaje a la gran urbe en la cuarta década del siglo XX. En sus cuentos Lamarche coincide con Florentino Cestero y Bergés Bordas en lo referente a las excentricidades de la sociedad norteamericana.

Otros dos escritores que, muchos años más tarde, compartieron el espacio geográfico neoyorquino fueron Chiqui Vicioso y Edgar Paiewonsky. Aparte de *Oficio de postmuerte*, la única obra que he podido cotejar en los setenta es la novela *Mejorar la raza* (1974), de Miguel Vázquez.

Los últimos años del siglo XX

En lo referente a la literatura, el estado actual de esta difiere sustancialmente de los setenta y los ochenta tanto cualitativa como cuantitativamente. Ello obedece a dos razones fun-

damentales. Primero, el asentamiento en Nueva York de numerosos intelectuales, académicos, periodistas y escritores nacionales desde 1990 hasta el presente y, segundo, a la existencia de segundas y terceras generaciones de dominicanos nacidos y formados académicamente en los Estados Unidos que están incursionando en el terreno de las letras. Un rastreo bibliográfico que realicé recientemente me permitió identificar a 87 escritores dominicanos en los Estados Unidos, con unas 286 obras publicadas. De ellos 74 residen en Nueva York y el resto en otros estados. Aunque la lista incluye a los activos desde los setenta, aproximadamente medio centenar de esas voces, compuesto por poetas, cuentistas, novelistas, ensayistas y teatristas, historiadores y sociólogos, son parte del más reciente grupo de escritores de la diáspora.

Muestra del avance vertiginoso del referido movimiento literario es la aparición de *Historias de Washington Heights y otros rincones del mundo* (1993), preparada por Daisy Cocco De Filippis y Franklin Gutiérrez. Es una colección de diez relatos sobre diferentes aspectos de la cotidianidad neoyorquina. A esta sigue *La palabra como cuerpo del delito* (2001), de Diógenes Abreu y Dagoberto López. Cabe destacar también el ensayo *La novela dominicana en New York*, obra en la que Héctor Amarante analiza las novelas *La sin par andariega Mamá Uca* (1988), de Juan Rivero; *Por nada del mundo* (1990), de José Carvajal; *Los que falsificaron la firma de Dios* (1992) y *Los ojos de montaña* (1997), de Viriato Sención; *La vieja casa de la tierra* (1993) y *El día que Colón llegó* (1993), de Rafael Villa Espinal; *De cómo las chicas García perdieron su acento* (1994), de Julia Álvarez; *Marina de la Cruz: radiografía de una emigrante* (1994), de Félix Darío Mendoza; *Los cuentos de Mount Hope* (1995), de Tomás Modesto; *La conjura de los hijos de Belial* (1995), de Juan Torres; *El corredor de los malditos* (1995), de P. J. Pérez, y *Tres heroínas y un tirano* (1996), de Miguel Aquino García.

A esos títulos hay que agregar otras novelas de reciente factura como *Conflicto en el paraíso de los dioses* (1997) y *Mar de sangre: una historia hecha novela* (2000), de Elba Doménech Soto; *Al este del Broadway* (1999), de José Moya; *Los muertos también hablan* (2001) y *Los hijos de agua ceniza* (2001), de Ramón A. Ramírez Báez; *Con flores a la reyna* (2002), de Francisco Rodríguez de León; *Entre dos mundos* (2003), de Dinorah Coronado, y *Génesis si acaso* (2003), de Ángel Garrido. Una de las novelas más trascendentales de la narrativa dominicana contemporánea, *Carnaval de Sodoma*, de Pedro Antonio Valdez, fue escrita también en Nueva York.

La narrativa corta es un género que ha encontrado en los últimos años un espacio singular en la preferencia de los escritores dominicanos de la diáspora; entre ellos resaltan José Carvajal (*De barrio y de ciudad*, 1990); Santiago Gutiérrez (*Los perros de la noche*, 1993); Ynoemia Villar (*Hubo una vez... y dos son tres*, 1993, y *De mujeres y vampiros: Armagedón*, 1999); Viriato Sención (*La enana celania y otros cuentos*, 1994); Tomás Modesto (*Los niños del Monte Edén*, 1998); Juan Rivero (*Nueva York 2014*, 1999); José Acosta (*El efecto dominó*, 2001), galardonada con el premio de cuentos de la Universidad Central del Este en 2000; Pedro Antonio Valdez (*La rosa y el sudario*, 2000), y Fernando Valerio Holguín (*Autorretratos*, 2002, y *Memorias del último cielo*, 2002).

La narrativa de la diáspora dominicana neoyorquina de los noventa se aleja, en gran medida, de la melancolía y la nostalgia por la patria exhibidas por los escritores de las dos décadas anteriores. Se observa en estos autores un marcado interés por la problemática propia del espacio geográfico y social donde desarrollan sus vidas cotidianas. Nueva York deja de ser la ciudad perfecta, la fuente de producción de dólares, de enormes rascacielos y luces deslumbrantes idealizada por los inmigrantes dominicanos de los setenta, para tornarse en un lugar real, en un medio donde hay que vencer la discriminación racial, satisfacer las necesidades de subsistencia y los conflictos de identidad que desde hace un par de lustros comenzaron a aflorar en las generaciones de los nacidos en Nueva York quince o veinte años atrás.